

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 35 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ BUSVILLA

EL SIGLO

Exigencias de la política

L'Italia ha traducido algunos pasajes de una carta dirigida por Emilio Castelar a los estudiantes de la Universidad de Bolonia, en la que aquel eminente publicista encarece la necesidad de consolidar los vínculos de amistad y de unión entre los diversos pueblos de la raza latina.

El diario italiano abriga serios temores de que la apelación del insigne republicano español no obtenga por ahora en Italia la mayoría de los sufragios. Además, dice, las relaciones entre Italia y Francia son en este momento muy tirantes y no nos parece muy oportuna la ocasión para invocar la concordia.

Pero L'Italia no oculta cuanto tiene a sus ojos de híbrida, peligrosa é imprudente la alianza de su patria con la Alemania y con el Austria. En vez de eso la alianza entre los pueblos latinos le parece más necesaria, natural y simpática; y cree que acaso no sería imposible reanudarla, si la España ofreciese su mediación.

Confesamos que esta idea nos parece extraña. No debe olvidarse que es una princesa austriaca la reina regente de España, y por más que en las monarquías constitucionales no deba ser el monarca el que determina el giro que ha de darse a la política, y por más que según opinión unánime de los que observan el giro de los negocios públicos en España, la reina Cristina sea una verdadera reina constitucional, nos parece que sería exigir demasiado al pretender que sea el Gobierno de esa reina el que tome la iniciativa para romper la alianza entre Italia, el Austria y la Alemania.

Pero prescindiendo de esto y conviniendo en que parece a primera vista más natural y conveniente para Italia aliarse con los pueblos latinos que con los Imperios Austriaco y Germanico, no podemos menos de abrigar grandes dudas acerca de si la alianza con la República Francesa sería más útil y conveniente, no solo al interés italiano, sino también al interés bien entendido de los principios liberales en Europa. El Sr. Crispi, jefe del Gabinete italiano, es uno de los miembros más radicales del partido liberal. Nada dice a los partidarios de la alianza de los pueblos latinos el hecho de que el Sr. Crispi mantenga la alianza con los Imperios de Alemania y Austria? ¿Será este un simple capricho del Sr. Crispi?—Nosotros no lo creemos así; y lejos de eso nos parece que hay razones políticas de gran peso que determinan su conducta.

Entre todas las cuestiones que hoy se agitan en Europa, ninguna hay más trascendental é importante que la de la conservación de la unidad italiana, porque esta unidad importa que la Santa Sede no recobre la soberanía temporal que ántes ejercía.—Pues si eso se reconoce (y no creemos que nadie pueda negarlo) es forzoso reconocer también que la mejor política exterior para Italia y para el mundo liberal es aquella que mejor y más sólidamente garante la unidad de Italia, tal como hoy se halla constituida. La consecuencia precisa de este razonamiento es que Italia tiene un gran interés en mantener la alianza con Alemania y Austria, porque si esa alianza no existiera, faltaría la más sólida garantía al actual estado de cosas.

No es de la República Francesa de quien puede temerse la restauración del Poder temporal del Papa: es más bien de aquellos Estados que tienen mayor tendencia á que en ellos se sobrepongan el principio de autoridad y las tradiciones del pasado á la vida libre que predomina en los Estados modernos.

Los italianos no han carecido de hombres de Estado hábiles que han sabido sacar partido en favor de su política de las circunstancias y los intereses del momento. Por nuestra parte tenemos confianza en que no está extinguida en Italia la raza de los hombres de Estado, y si fuéramos italianos, trataríamos de no debilitar la acción política del señor Crispi, pretendiendo que se sobreponga á ella una política fundada mas bien en el sentimiento que en el cálculo, la razón y las verdaderas conveniencias.

SOCIEDAD GENERAL DE CRÉDITO

El sindicato poseedor de la casi totalidad de las acciones de la Sociedad General de Crédito ofrece al público la adjudicación de 6,000 acciones integradas de dicha sociedad, en las condiciones que siguen:

El precio de adjudicación será el de 110 % de su valor nominal.

El pago será integralmente y al con-

tado, contra entrega de las acciones que se hayan solicitado.

La suscripción tendrá lugar en los días 5, 6 y 7 de Setiembre de 12 á 3 de la tarde, en el local de las oficinas de la Sociedad.

Las proposiciones serán recibidas por un representante del Sindicato, en unión de dos miembros del Consejo de la Sociedad.

La adjudicación se hará, destinando dos mil acciones para cada día de la suscripción, de las cuales, la mitad se concederán totalmente á los primeros pedidos que alcancen á llenar esa cantidad y la otra mitad se prorrateará entre las demás pedidas en el día.

No se admitirá proposición que no venga firmada por corredor de Bolsa; el sindicato no tendrá corredor especial y pagará comision por todas las adjudicaciones.

El sindicato garantiza á los suscriptores que no abrirá adjudicación nueva durante un trimestre de la fecha, por lo menos, sino en el caso, de que la cotización en la Bolsa excediera de 125 % al contado.

Las acciones adjudicadas podrán ser pagadas en efectivo, en el Banco de Londres y Río de la Plata, ó en las oficinas de la Sociedad en los siguientes valores que se recibirán por el precio de la cotización al contado en la Bolsa el día anterior al de la adjudicación:

Deuda Unificada.

Deuda Amortizable.

Cédulas Hipotecarias.

Acciones Banco Nacional.

Id Banco de España y Río de la Plata.

Id Banco Italiano del Uruguay.

Id Banco Comercial.

Id Crédito Real Uruguayo.

Id Banco Constructor Oriental.

Id de la Compañía Nacional de Crédito y Obras Públicas.

Id de la Compañía Inmobiliaria.

Montevideo, Setiembre 3 de 1888.

Los solidarios del Sindicato,

P. Lary Storch y C.

2417-s. 9-2s.

SUSCRICION DE ACCIONES

Primer día de adjudicación

Ofrecidas para este día, 2000.

Precio, 110 %.

Solicitadas:

51 pedidos por 2234 acciones.

Adjudicadas:

Totalmente pedidos números 1 á 31 por . . . 999 acciones

Prorrateadas, pedidos números 32 á 51 por . . . 1001 »

(Que resultan al 80 % del pedido)—Total. . . 2000 »

Montevideo, 8 de Setiembre de 1888.

Abraham Rodriguez, En representación del Sindicato—Constante G. Fontan, Estéban Bordabehere, Miembros del Consejo. 2438

Segundo día

Ofrecidas para este día, 2000.

Precio 110 %.

Solicitadas:

47 pedidos por 2267 acciones.

Adjudicadas:

Totalmente pedidos números 52/80 por . . . 1000 acciones

Prorrateadas, Ns. 81/99. 1000 »

(Que resultaron al 80 % del pedido).—Total. 2000 »

Montevideo, 6 de Setiembre de 1888.

Abraham Rodriguez, Representante del Sindicato—José Vecino, Enrique S. Gianelli, Miembros del Consejo. 2447

Tercer día

Ofrecidas para este día, 2000 acciones

Precio 110 %.

Solicitadas:

59 pedidos por 2584 acciones.

Adjudicadas:

Totalmente pedidos números 100/125 por . . . 999 acciones

Prorrateadas del pedido núm. 126/158. . . 1001 »

(Que resultan al 63 % del pedido).—Total. 2000

Montevideo, Setiembre 7 de 1888.

Abraham Rodriguez, Representante del Sindicato—E. Ponce de Leon, Miembro del Consejo—Juan M. da Silva, Miembro del Consejo. 2459.

COMPAÑÍA NACIONAL

DE CONSUMIDORES

GAS Y LUZ ELÉCTRICA

Sociedad Cooperativa

PRIMER DIRECTORIO

Presidente: Sr. D. Manuel Lessa.
Vice-Presidente: » » T. W. Howard.
Secretario: » » José A. Ferreira.
Vocales: » » José Shaw.
» » Arturo Richard.
» » Federico Paulier.

Aprobados definitivamente por el Poder Ejecutivo los Estatutos de la Compañía con las reformas introducidas por el Directorio, se declara abierta la suscripción á las «diez mil acciones» de á cien pesos cada una que constituyen la «primera serie» y dan derecho á la rebaja en el importe del consumo, acordada á los socios fundadores por el artículo 16 de los Estatutos.

Los pedidos de acciones pueden hacerse por escrito en la Oficina provisoria, calle 25 de Mayo número 266 de 10 a. m. á 5 p. m. todos los días hábiles.

La Oficina facilitará los boletos para la suscripción, y dará á los interesados el resguardo correspondiente.

El vocal señor don José Shaw firmará los recibos de la primera cuota de «diez por ciento» en representación del Directorio.

Montevideo, Setiembre 1.º de 1888.

EL DIRECTORIO

2399.ot.1.º

HECHOS Y RUMORES

Ateneo de la mujer.—Se comunica á las señoritas socias del «Ateneo de la mujer» á quienes se ha encargado de listas de suscripción á favor de las víctimas de las últimas inundaciones, que se prolonga hasta el miércoles 12 el plazo que se les había acordada para dar cuenta del resultado obtenido.

La Secretaria.

Porrazos.—Buenos Aires, Setiembre 7. Aunque algo desanimada al principio, la reunión de ayer en Belgrano con las dos carreras de trote, y especialmente con el flack Steeple Chase Plate, revistieron un gran interés.

Antes de empezar esta crónica debemos tributar un aplauso merecido á los valientes jockeys que montaron en el Steeple Chase.

En efecto los honores del día de ayer, han sido para los estóicos hijos de la vieja Inglaterra que han probado que su fama de tenaces no puede ser mas fundada.

Hubo jinete que se cayó seis veces en el trayecto, teniendo ánimo todavia para volver á montar su cabalgadura para conducirla á la raya.

Otro jockey, el señor Richards, montando el caballo Tullydny ha dado pruebas de un valor extraordinario.

Negándose su caballo á salvar el salto de agua de frente á la tribuna, Mr. Richards quiso volver á arremeter al obstáculo pero el cuadrúpedo enderezó al cerco de la pista y víctima de su ins-

tinto de caballo saltador se imaginó en su pobre cerebro de caballo que el cerco era una valla de las que estaba acostumbrado á franquear é intentó saltarla, pero no contando con el metro y medio de altura del alambrado se quedó atravesado en él un momento, lo bastante para que Mr. Richard saliera por el pescuezo de Tullydny yendo á caer del otro lado del alambrado. Un segundo después el caballo caía sobre el jinete apretándole las piernas. El caballo se levantó por sí solo y echó á disparar, pero el jinete medio aturdido todavia alcanzó á agarrarlo por la cola, pero con tan mala suerte que no pudiendo competir en la velocidad con el caballo, Mr. Richard tuvo que abandonar el apéndice por el que tenía asido á Tullydny y dando unos cuantos traspiés fué á caer por segunda vez en tierra. Nuestros lectores se imaginarán que el malaventurado jockey, se dirigiria derecho á la enfermería.

¡Ni por pienso! Nuestro inglés esperó tranquilamente que un polizón á caballo le trajese el suyo, y una vez en posesión de éste montó de nuevo y prosiguió su interrumpida carrera.

La docena de caballos que se presentaron ofrecían un golpe de vista curioso, ya sea por la vistosidad y lujo de los trajes de los gentlemen pidders, como por la diversidad de razas y formas de las cabalgaduras.

Desde los caballos casi de sangre como el Lucifer y Expectation, hasta Tre Pink Un y Tiltig Nogo, que son los animales mas feos que han pisado jamás las pistas de nuestros hipódromos, haciendo recordar estos últimos á los caballos de plazas de toros especialmente uno que fué objeto de una verdadera ovación á causa de la exiguidad de su apéndice caudal, que hacia el efecto de un pincel nuevo, todos desfilaron á ocupar su puesto en la carrera.

Describir esta minuciosamente es punto menos que imposible. La primera valla fué saltada por todos con limpieza. A la segunda la mayor parte rehusó saltar y la mitad de los que lo hicieron lo efectuaron con tan mala suerte que caballos y jinetes mordieron el polvo.

La Patti.—Los diarios franceses se asombran del espléndido resultado obtenido en la América del Sur por la compañía de que formaba parte la Patti:

Le Figaro dice textualmente: «Esa gira ha dado beneficios realmente extraordinarios y que nunca, hasta hoy, habian sido alcanzados por nadie. Así, en este mismo momento, tenemos el resultado total de las treinta y cinco primeras representaciones, y ese resultado es superior á la suma fantástica de tres millones de francos!!!»

«Solo en la ciudad de Buenos Aires, una serie de veinticuatro representaciones, dadas desde el 4 de Abril hasta el 3 de Julio, ha producido la suma enorme de dos millones noventa y cuatro mil trescientos cincuenta y cinco francos,—ó sea un término medio de 87,265 francos por representación.

Hé aquí, á título de curiosidad, el detalle de esas representaciones, comprendiendo la fecha de cada espectáculo y su beneficio:

4 Abril	Barbero de Sevilla . . .	frcs. 111.870
7 »	Traviata . . .	102.725
10 »	Lucia de Lammermoor »	90.415
14 »	Crispino y la Comadre »	78.245
19 »	Rigoletto . . .	109.245
22 »	Barbero de Sevilla . . .	94.980
25 »	Linda de Chamounix. »	67.715
29 »	Lucia de Lammermoor »	81.205
5 Mayo	Semirámides . . .	85.810
8 »	Barbero de Sevilla . . .	78.325
10 »	Semirámides . . .	81.945
13 »	Semirámides . . .	66.465
16 »	Rigoletto . . .	63.410
19 »	La Traviata . . .	82.164
25 »	Barbero de Sevilla . . .	91.875
27 »	Linda de Chamounix. »	69.820
6 Junio	I Puritani . . .	90.095
9 »	Semirámides . . .	90.625
14 »	Lucia de Lammermoor »	87.385
20 »	Lakmé . . .	80.390
23 »	Espectáculo á beneficio de la Patti . . .	111.465
26 »	Semirámides . . .	71.810
28 »	I Puritani . . .	93.315
3 Julio	Barbero de Sevilla . . .	113.055

Así, pues, el Barbero de Sevilla ha sido la pieza que ha producido mas y Rigoletto la que dado menos.

La gira que duró cuatro meses próximamente, produjo á la diva, en cuarenta representaciones, la bagatela de 300,000 fuertes.»

—No se cuenta lo cosechado en Montevideo, —que no fué poco.

Verdad es que deben deducirse las crecidas sumas con que la reconocida generosidad de la diva ha contribuido en la Plata á obras de beneficencia:

Constan en las crónicas.

«O Paiz» y la Independencia Oriental.—Con motivo de la Independencia Oriental del Uruguay, O Paiz de Río de Janeiro publica el siguiente editorial:



SOCIEDAD GENERAL DE CRÉDITO

DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
Autorizada por el P. E. é inscrita en el Registro
de Comercio

CAPITAL AUTORIZADO Y SUSCRITO
\$ 7.500.000 oro
MONTEVIDEO—ZABALA, 133

OPERACIONES

Toma letras de cambio por cualquier cantidad á la vista y plazos, sobre las plazas de la República Argentina, Brasil, Portugal, España, Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.
Gira letras sobre las mismas plazas.
Expide órdenes telegráficas sobre ellas.
Dá cartas de crédito, para la introducción de mercaderías.
Anticipa fondos sobre conocimientos de efectos embarcados en voliza de seguro endosada.
Recibe depósitos de dinero en cuenta corriente á la vista y á plazos fijos, á interés convencional.
Hace anticipos y préstamos sobre acciones y títulos y sobre cupones ó renta de valores depositados.
Documenta letras, vales y pagarés á interés convencional.
Recibe depósitos de dinero, destinados á invertirlos en efectos públicos, nacionales ó extranjeros, bienes muebles ó inmuebles, con participación de beneficios, y con la seguridad de liquidarse, con previo aviso de ocho días.
Hace préstamos á los agricultores, industriales, comerciales, sobre inmuebles y con pacto de anticresis, construcciones.
Compra y vende campos, terrenos y toda clase de propiedades rústicas y urbanas.
Forma, tanto por cuenta propia como agena, centros agrícolas, (colonias) en terrenos adecuados al efecto.
Patrocina toda clase de empresas que se le sometan y mecen a la aprobación del Consejo de Gobierno, realizando ó efectuando al público en comisión ó de cuenta propia.
Montevideo, Mayo 9 de 1888.

EL DIRECTOR GENERAL.

Horas de oficina: de 10 a. m. á 3 p. m.

CAJA NACIONAL

DE
PEQUEÑOS PRÉSTAMOS Y DESCUENTOS
Autorizada por el Superior Gobierno por decreto
de fecha 1.º de Setiembre de 1887

DIRECTORIO

Presidente. Pedro Garavagno.
Secretario. Miguel Correa Lemos.
Vocales. Pompeu Citterio.
Adolfo Yens.
Gerente. Tito D. Marengo.

Sección Descuentos

CALLE SARANDÍ NÚMEROS 155A Y 155B

Descuentos

Descuenta vales y conformes comerciales hasta seis meses de plazo.
Hace préstamos sobre casas, terrenos, alquileres y sueldos de empleados públicos.

Cauciones

Cauciona títulos y valores cotizables en la Bolsa.

Comisiones

Se encarga mediante comisión de pagos y cobros por cuenta de particulares.

Cuentas corrientes

Abre cuenta corriente con garantía de alquileres ó documentos comerciales.
Los préstamos sobre sueldos podrán amortizarse por entregas mensuales ó trimestrales.

Sección Montepío

PRÉSTAMOS SOBRE PRENDAS

Este establecimiento ha mudado sus oficinas de préstamos sobre prendas á la

CALLE ZABALA NÚMERO 179 B

En la instalación del local se ha tenido en cuenta todo lo que puede convenir al carácter algo celoso y retraído de las operaciones de empeño.

Los préstamos se hacen á módico interés sobre metales nobles, alhajas de oro y plata, piedras preciosas, como también sobre objetos de arte, bronce, cuadros, armas, etc., y toda otra prenda que represente valor efectivo.

La tasación de las prendas se hace por un tasador jurado, en un límite sumamente favorable. Las prendas no retiradas al vencimiento de la póliza se venderán en remate público.

El excedente que pueda resultar del remate, una vez deducido el capital prestado y los intereses y gastos, queda á disposición de los interesados, quienes podrán retirarlo de la Caja hasta el término de un año, á contar desde la fecha del remate.

A este objeto se publicará en los diarios los números de las pólizas y el importe de los sobrantes respectivos, para que llegue á conocimiento de los interesados.

Las fechas de los remates se harán conocer por medio de avisos publicados en los principales diarios de la Capital.

En los avisos se consignarán los números de las pólizas correspondientes á los objetos destinados al remate.

Los prestatarios tendrán derecho de retirar las prendas hasta el día del remate, previo pago de los intereses y gastos ocasionados.

El establecimiento garantiza la mayor reserva respecto á las operaciones de préstamos.

NOTA.—Las pólizas son documentos al portador marcadas con un número progresivo, no exigiendo el establecimiento ni el nombre ni el domicilio de los prestatarios.

Horas de Oficina

De 10 a. m. á 4 p. m. y de 7 á 9 p. m.

MISTRESS WOOD

LAS HIJAS DE LORD OAKBURN

(NOVELA ESCRITA EN INGLÉS Y TRADUCIDA POR ***)

No toleró que se tratara tal negocio en presencia suya. Más todavía: me había amenazado con desheredarme si me casaba; de repente ha cambiado, y se inclina completamente al lado opuesto.»

Nada hay más capaz de hacer volver en sí á un hombre malo que una grave enfermedad y el temor de una muerte inmediata. Tal era el caso del viejo Carlton, al decir de su hijo; eso era lo que había ocasionado la reconciliación de ambos. Desapareció el peligro inminente, pero no los sentimientos á que dió lugar. El viejo deseaba ver casado á su hijo y le dió una importante suma para que pusiera casa.

Carlton recibió contento la suma, pues no estaba muy adelantado: empleó una parte en pagar sus deudas en Wenlock Sud y la otra en arreglar bien su casa, comprando muebles nuevos y elegantes. Carlton no economizó nada para que su mansión fuese digna de aquella que tanto amaba.

Ni siquiera se le ocurrió que pudiese encontrar una negativa: algo titubeó, sin embargo, cuando le confesó Laura cuán orgullosa estaba su familia con su rango y nacimiento. Mas, si él era plebeyo y Laura noble, él tenía una casa muy bien puesta, una clientela que aumentaba cada día, y cuantiosos bienes que heredará á la muerte de su padre. No ponía, pues, en duda que tantas ventajas habían de influir sobre el capitán Chesney y arrancarle su consentimiento.

En Carlton tomar una determinación era ejacularla. Carecía de la paciencia que todo lo espera del tiempo; si quería una cosa, había de obtenerla sin demora.

Carlton tenía la convicción (y Laura se lo había confirmado) de que Jane era su enemiga. Juzgó, por lo tanto, que sería prudente hacer la demanda cuando ella estuviese ausente. Obteniendo el consentimiento del Capitán, poco le importaba la opinión de Jane.

Hizo una mañana su visita al Capitán, y al volver después de ver á sus demás enfermos, distinguió á las dos señoritas Chesney que salían en dirección de la ciudad. Ellas no le vieron. Después de algunos momentos de duda, Carlton entró en casa del Capitán.

Lucy vino á su encuentro y le acompañó á la sala, mientras Pompeyo iba á preguntar al Capitán si podía recibir al doctor para un negocio particular.

—¿Dibuja V., miss Lucy?—preguntó Carlton á la niña viendo lápices y un álbum sobre la mesa.

—Sí,—contestó Lucy.—Mucho me gusta dibujar, sobre todo, paisajes. Jane dibuja muy bien y me enseña. Laura prefiere la música. Mire V., tengo que dibujar estos árboles antes que vuelva Jane. Es mi tarea de hoy.

—Me parece que mas le gustaría á V. jugar antes de concluir.

—Puede ser, pero no lo haré; no desobedeceré á Jane. Mi deber es estudiar.

—¿Estudia V. siempre mucho?

—No siempre, pero procuro hacerlo con frecuencia.

De repente Lucy soltó el lápiz, y fijando en Carlton su expresiva mirada, llena también de tristeza, le preguntó:

—¿Es verdad que han envenenado á propóito á esa pobre señora? ¿Es verdad que ha habido un hombre bastante atroz para poner ácido prúsico en la bebida?

Un cambio repentino se operó en las disposiciones de Carlton. La pregunta le irritó, una expresión fuerte se escapó de sus labios.

—¿Qué es lo que he dicho?—exclamó Lucy aturrida. —¿No debía hacer á V. tales preguntas?

—Sí; excúteme V., miss Lucy,—dijo el médico volviendo en sí.—Desde el proceso no he tenido un momento de reposo, y Wenlock Sud entero me aturde los oídos. Llega á tal punto, que á veces me imagino que voy á ser metamorfoseado en tarro de ácido prúsico.

—¿Han dado ese veneno intencionalmente?—insistió Lucy, á quien la curiosidad hacía olvidar la reprensión indirecta que había recibido.

—Pregúteselo usted á Mr. Stephen Grey, que podría contestar; pero no, no ha sido hecho con intención.

—¿Y era qué aquello del rostro pálido que estaba en la escalera? ¿Qué dice usted de eso?

El semblante de Carlton se inmutó de nuevo. Todo eso no tiene sentido común. No ha habido semejante rostro más que en mi imaginación.

—El Capitán espera al señor Doctor,—interrumpió Pompeyo entrando en el salón.

El Capitán, á causa del estado de sus piernas, estaba prisionero en su cuarto.

Había cerca de él una mesa con las cosas que podía necesitar, y como de costumbre, el bastón se hallaba al alcance de su mano.

—¿Por qué vuelve usted?—preguntó á Carlton con tono desabrido.

—Tengo que hacer á usted una petición, dijo el médico, cogiendo, sin ser rogado, una silla y sentándose á pocos pasos del enfermo. Hago algunas semanas que quiero hablar con usted, y creí llegado el momento en que me parece que puedo hacerlo con éxito. Antes de tocar el asunto que me trae me permitirá usted que le

dé varias explicaciones sobre mi posición. Mi padre es médico en Londres y muy conocido: yo soy su hijo único, y debo heredar á su muerte una fortuna considerable. Este momento, temo que, por desgracia, no debe estar muy lejano, y entonces será lo que se llama un hombre rico.

—Caballero, interrumpió sin preámbulos el marino, ¿por qué me lo cuenta usted? Aunque su padre fuese gran canciller del Estado y dejara á usted todas las rentas de la nación, yo no tengo nada que ver en eso.

Carlton se puso encarnado.

—Concédame usted algunos momentos todavía, capitán, para hablar de mí. Estoy establecido aquí, donde cada día aumenta mi clientela; la de los Grey disminuye, y quedará nula por el error fatal de Mr. Stephen. Dentro de poco ganaré mil libras esterlinas al año.

—¿Qué me importa eso? dijo el capitán.

—Si no tuviese mas que mi carrera, continuó Carlton imperturbable, estaría en una regular posición; mas teniendo la fortuna de mi padre cuando herede, no enviaré á nadie en Wenlock Sud. Capitán Chesney, quisiera que alguien compartiera conmigo esta riqueza. Os ruego, pues, me hagais el honor de concederme en matrimonio una de vuestras hijas.

Carlton había bajado la voz y hablaba conmovido. El capitán no le oyó ó no le comprendió. Lo cierto es que, sin replicar nada, se quedó mirando á Carlton con admiración.

—Hablo de miss Laura Chesney, volvió á decir el médico. ¡Ah, capitán! concédamele usted. Será para ella un buen marido: con ella será pródigo de cuanto puede hacer á una mujer dichosa: cuidados, ternura... nada omitiré por conseguirla.

El capitán Chesney se preguntaba quién de los dos estaba loco.

Que un médico de provincia concibiese el pensamiento de que podía hacer alianza con la noble familia de los Chesney era tan inverosímil para el marino como si él mismo hubiese aspirado á la mano de una de las princesas reales.

El bastón temblaba en su mano.

—¿Qué dice usted caballero?—preguntó apretando los dientes.

—Señor, quiero á Laura Chesney como no he querido jamás. ¿Permite usted que sea mi mujer?

El capitán dió tremendos golpes con su bastón sobre la mesa y se desgañaba llamando á Pompeyo.

El negro se presentó al momento, como si hubiera estado detrás de la puerta.

—¿Está el señor enfermo?

—¿Enfermo?—gritó el Capitán enfurecido;—el enfermo es ese caballero, decía señalando á Carlton con el bastón. Está loco, Pompeyo, loco de atar. Me habeis encerrado con un loco; echadle fuera.

El pobre Pompeyo no sabía qué hacerse. No se atrevía á dudar de lo que decía su amo, y miraba, sin comprender nada, la faz impasible de Carlton en la plena posesión de sus facultades.

Carlton se levantó con dignidad y dijo pausadamente:

—Capitán Chesney, soy un caballero, y mi petición debe ser oída al menos con buenas maneras. Tenga V. la bondad de contestarme de modo que yo lo entienda.

—Moriré antes que logre V. de mí otra contestación. Usted está loco. Solo un loco puede soñar en una cosa semejante á la que V. á sangre fría me propone. ¿Sabe V. que mi hija es un Chesney?

—Pues bien, yo soy un Chalton... Y si se examinarán ambos nombres por el Colegio Heráldico, puede ser que el uno resultara igual ó superior al otro.

—¿Dios me lo perdone!—replicó consternado el Capitán.—Usted... V. es un mercader de drogas, uno que da medicinas, y espera V. entrar en la familia Chesney?

—Soy miembro del Colegio Real de Medicina,—contestó Carlton.

—Aunque compusiera V. solo toda la escuela, ¿se atrevería V. á levantar los ojos hasta mi hija, á no haber perdido el juicio? Vamos, pillastre,—dijo, dirigiéndose á Pompeyo,—¿no has comprendido que te he mandado echar á la calle á ese hombre?

—La puerta está abierta, Doctor,—gritó Pompeyo.

Carlton le apartó con un gesto.

—Os he dicho, capitán Chesney, que amaba á vuestra hija. Os he dicho que mi posición y mi fortuna eran suficientes para justificar mi pretensión. Reitero mi demanda. ¿Quiere usted concederme á su hija?

—¡No, por Júpiter!—gritó el capitán fuera de sí.—Jamás, entendiéndolo usted. Oiga usted bien. Preferiría verla muerta antes que deshonrada por vuestro contacto: ¡Casarse con usted Laura Chesney! Es preciso carecer de razón para figurarselo.

—¿Y qué haría usted si le dijese que su esperanza, su vida, están ligadas á la mía?—contestó Carlton bajando la voz.

—¿Y qué haría usted si yo le dijese que es usted un miserable?—repuso fuera de sí el capitán.—¿Cómo se atreve usted, por haber sido llamado á mi casa como médico, á hablarme de una de mis hijas? ¿Hace esto un caballero, un hombre de honor? Pompeyo, ¿qué haces, con mil diablos? ¿Por qué no me obedeces? ¿No te he dicho que echáras fuera á este... á este individuo?

Carlton se adelantó con resolución hacia el capitán, y cruzándose de brazos, le dijo:

—Escrito está en los sagrados libros: «La mujer dejará á su padre y á su madre por seguir á su marido.» Una pregunta, y me marcharé: si su hija de usted me ama y yo tengo una posición decente, ¿con qué derecho se opones usted á nuestro enlace?

—Con el derecho del más fuerte, caballero.

—¿Con qué derecho ha venido usted á esta casa,

para, bajo el pretexto de cuidar al padre, llevarse á la hija? Váyase usted. Envíe usted la cuenta en cuanto llegue á su casa, y no piense más en miss Laura Chesney.

—Más fácil es decir que hacer, capitán Chesney,—contestó Carlton.

—Ahora, negrito, á la puerta; se lo mando. Den ustedes gracias á Dios de que hoy me sienta débil, porque, de lo contrario, nuestro pellejo hubiera sabido cuánto cuesta irritar á un capitán de navio.

Carlton y Pompeyo estaba ya fuera, y felizmente para ellos, porque el capitán tiró el bastón, que fué á dar contra la puerta, añadiendo una nueva abolladura al puño de oro (que ya tenía algunas), y cuyo origen podía atestiguar Pompeyo.

Lucy, temblando, escuchaba detrás de la puerta. Había ido al ruido, pero no se atrevía á entrar. Al salir Mr. Carlton rozó su brazo.

—¡Ah! cuénteme usted lo que ha pasado,—le dijo.—He oído el nombre de Laura. ¿Qué ha hecho?

Carlton, absorto en sus pensamientos, no hizo caso de Lucy y continuó su camino. No bien había bajado dos escalones, reflexionó y se volvió atrás.

—No se asuste usted, hija mía; he hecho una proposición al capitán Chesney y se ha olvidado de los buenos modales al contestarme; todo se arreglará; puede usted decirlo de mi parte á Laura. Dispénsame usted si no he sido cortés con usted. No sabía lo que me pasaba.

Carlton salió de la casa, cruzó el jardín, é iba á abrir la verja exterior cuando se encontró cara á cara con Jane y Laura, que volvían.

Carlton les cerró el paso, y cogiendo el sombrero...

—¿Puedo, miss Laura, decir á usted, en particular, dos palabras?—preguntó.

Laura se puso muy colorada, y después de un momento de indecisión, se adelantaba hacia él, cuando Jane se interpuso entre ambos.

—Nada tiene usted que decir á miss Laura Chesney en particular, que no pueda decirse en voz alta, Mr. Carlton. No puedo acceder á su ruego.

Laura no podía ir ostensiblemente contra la voluntad de su hermana. Carlton lo comprendió así, y tomó su partido. Dirigióse, pues, á Laura, sin ocuparse de que miss Chesney pudiese oírlos, y como si no estuviese delante.

—Acabo de hablar con el capitán Chesney.

Le he pedido permitiera nuestro matrimonio, y ha recibido mi propuesta como si fuera un insulto. Nada ha querido oír, rehusando explicarme. Me ha tratado como no se trata á un caballero; no puedo contar mas que con usted Laura.

Esta prestaba la mayor atención, siempre colorada, algo temerosa, pero contenta en el fondo.

—Roma no se edificó en un día,—añadió Carlton.—Los ladrillos se pusieron sobre los ladrillos, las piedras sobre las piedras... El capitán me ha recibido mal; por usted se lo perdono; espero que el tiempo le ablandará. Mientras tanto, debemos hacer por vencer sus prevenciones.

—¿Le ha prohibido á usted que vuelva á casa?—preguntó Jane.

—Sí; su hermana de usted y yo esperamos vencer su resistencia. Miss Chesney,—añadió, cogiendo la mano de Jane á pesar suyo,—no se oponga usted; no puedo renunciar á Laura.

—Díga usted que, no me oponga!—replicó Jane.—Al hablar de ese modo dá usted á entender que mi hermana conviene con usted. ¿Es esto cierto?

—Lo es,—contestó Carlton.—No es amor de niños el nuestro; no es un amor al que con facilidad se renuncia, ni aun por obedecer á los padres. ¿Quiere V. ayudarnos á vencer la resistencia del Capitán?

—No,—contestó Jane con resolución.—¿Cuánta pena y qué grande me da oírle á V. hablar de vencer la resistencia de mi padre! Lo que piensa V. no se verificará nunca.

—Veo, dijo friamente Carlton, que V. tiene las mismas prevenciones contra mí que el Capitán. Miss Chesney, permítame V. que se lo diga: no me doy por vencido. Se lo repito en presencia de la que ha de ser mi esposa.

Después, volviéndose á Laura,

—Querida mía,—y entonces su voz tomó una expresión de exquisita ternura,—tenga V. confianza en mí; es todo lo que pido. Yo la veré á V., no importa dónde, aunque sea en el camino, como hoy.

Y después de saludar á las jóvenes, Carlton se marchó precipitadamente.

Al mirarle alejarse, Jane tuvo el presentimiento de grandes desgracias. Lejos estaba, sin embargo, de imaginarse cuán terribles habían de ser.

CAPÍTULO XVIII

Otra vez la aparición misteriosa

Una lucha horrible se trababa en el ánimo de Laura.

¿Debía someterse á oponerse á su padre? ¿Seguir la línea recta del deber, acordándose de los principios en que se había educado, ó dejarse clandestinamente la casa paterna para casarse con Carlton ante un cura de aldeas?

En el mismo día en que Carlton pidió su hija al capitán, éste la interrogó severamente. En su indagación la reprendió con la mayor dureza, y terminó diciéndole que no debía pensar mas en el médico.

Los términos despreciativos empleados por el Capitán contra Carlton tuvieron por efecto inmediato provocar en Laura una repulsa contra su padre. Este le aseguró que detestaba y despreciaba á Carlton, y que moriría antes de admitir en su familia al pretencioso profesor.